

**DISCURSO**  
**EX PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE,**  
**EN EL ENCUENTRO NACIONAL DEL AGRO**  
**Santiago, 19 de octubre de 2022**

---

Es un agrado para mí poder acompañarlos y participar en este evento tan importante que reúne a distintos actores de uno de los sectores clave de nuestro desarrollo como es la agricultura.

Para efectos de mi intervención se me ha solicitado que me refiera a dos temas que fueron protagonistas importantes del progreso que experimentó el país a partir de los años noventa. Me refiero a la política de concesiones y a los tratados comerciales que contribuyeron a cambiarle la cara a Chile y a un explosivo crecimiento de nuestro comercio exterior.

***Las concesiones: un modelo exitoso***

Es bueno hacer un poco de memoria.

- A principio de los ´90 Chile tenía un alto déficit en infraestructura que alcanzaba los US\$ 11 mil millones.
- Sólo las carencias detectadas en la red vial interurbana, de más de US\$ 6.000 millones, se estimaba que significaban una pérdida por concepto de exportaciones de más de US\$ 1.500 millones anuales.

Con estos antecedentes mi gobierno hizo un esfuerzo muy importante por incrementar la inversión en esta materia. Para ello se recurrió en parte al presupuesto público, que sufrió un aumento considerable del

orden del 20 por ciento anual, y se idearon diferentes modalidades de incorporación del sector privado al desarrollo de la infraestructura pública, como:

- Las concesiones y privatización de las empresas sanitarias.
- La Ley de EMPORCHI, que establece que la ampliación de los puertos del Estado corresponde a la inversión privada.
- La Ley de Concesiones de Infraestructura Pública aprobada en el gobierno del Presidente Aylwin, pero que se encontraba con un solo proyecto en ejecución, el túnel El Melón.

Este esfuerzo tuvo un impacto muy significativo en el nivel de inversiones realizado en los últimos 32 años:

- se amplió la capacidad operativa de la red de puertos públicos.
- el sector de agua potable y sanitario en Chile se ubicó dentro de los países con los más altos estándares de servicio en el mundo.
- se amplió significativamente la red de caminos de alto estándar y de la red de caminos pavimentados de diferente condición.
- hubo un mejoramiento importante de la red de aeropuertos.
- los embalses y redes de regadío tuvieron un aumento sustancial de la superficie regada.
- creció la calidad de construcción de los edificios públicos.
- las cárceles superaron sus estándares históricos, aunque la congestión sigue siendo un problema serio.
- los hospitales aumentaron su tamaño, con alto nivel de servicio, pero aún insuficiente.

La inversión en infraestructura, entre otras cosas, facilitó que el país creciera aceleradamente. Sin embargo, con el tiempo este nivel de

inversión inexplicablemente comenzó a decaer y con ello también lo hizo el crecimiento de nuestra economía.

¿Qué pasa hoy? Todos sabemos que la tasa de crecimiento del país seguirá siendo baja, al menos por algunos años. Según las últimas informaciones que hemos recibido recientemente del FMI, el 2022 el PIB crecerá un 2% y el próximo año el producto va a caer 1%, en circunstancias que hace tres meses la entidad esperaba un crecimiento nulo. Con esto, Chile va a ser el único país de Latinoamérica que el 2023 estará técnicamente en recesión.

Y aquí es donde debemos entrar al área. Todos sabemos que la infraestructura es un elemento determinante en las perspectivas de crecimiento de largo plazo de un país. Cuando construimos un puerto, una carretera o una línea férrea, lo que estamos haciendo es abrir una puerta al progreso, a la generación de empleo y a la inclusión social. No por nada los países con más alto crecimiento económico y más competitivos son aquellos que cuentan con una infraestructura de calidad, moderna y eficiente.

En Chile esta lección se nos olvidó. Hoy, para poder mantener un nivel adecuado de infraestructura, necesitamos invertir alrededor del 6,5% del PIB. Como el Estado no puede invertir más del 3% del PIB, se necesitan concesiones para cubrir el porcentaje restante.

Pero en ambos casos lo estamos haciendo mal. En los últimos doce años rara vez la inversión estatal en infraestructura superó el 2,5 del PIB. Y nunca, en el mismo periodo, la inversión realizada a través del sistema de concesiones ha superado el 2,8 del PIB, cifra al menos un punto

porcentual por debajo de lo que requiere un país que pretende alcanzar el desarrollo.

Dicho de otra manera, si el PIB de Chile el año 2021 fue de US\$ 267.869 millones anuales, entonces la inversión pública en infraestructura necesaria para dar cuenta de las demandas que su propio crecimiento genera debiera superar los US\$ 8 mil millones. Sin embargo, en el mejor de los casos y en algunas ocasiones, solo ha llegado a los US\$ 7.500 millones, generando un creciente déficit en infraestructura.

Por otro lado, recientemente, el actual gobierno dio a conocer su programa de concesiones, el que apenas alcanza los US\$ 13.258 millones, es decir, poco más de US\$ 2.650 millones por año. Muy lejos de los US\$ 9.000 millones que tendría que cubrir anualmente.

Cuesta entender este adormecimiento que ha sufrido la industria de las concesiones, la misma que trajo enormes beneficios al país y que en su mayor apogeo coincidió con los años de más alto crecimiento de nuestra economía.

Nos estamos quedando atrás. Mientras China está construyendo un mega puerto marítimo en Chancay, que se va a convertir en un eslabón clave del comercio entre el gigante asiático y América Latina, en Chile aún no hemos sido capaces de iniciar las obras del nuevo puerto a gran escala en San Antonio, pese a que fue anunciado en enero de 2018. Han pasado más de cuatro años y no se ha hecho nada.

Nuestra inacción nos está costando caro. Estamos perdiendo competitividad. Muchas promesas, muchos diagnósticos y declaraciones, pero pocas decisiones y muy poca acción. Necesitamos convicción. Necesitamos más ambición. Así lo hicimos en los noventa cuando entendimos que el sector privado podía ser un muy buen socio y no un enemigo al que había que marginar.

Hace más de cincuenta años que conozco el modelo de las concesiones. Lo vi por primera vez en el norte de Italia, a fines de los años sesenta. Trabajé ahí y conocí todo el proceso sin pensar jamás que me tocaría impulsarlas en mi país 25 años después.

Mi posición sigue siendo la misma. Impulsar la inversión en infraestructura través de la modalidad de las concesiones es un requisito insoslayable para recuperar el dinamismo de nuestra economía.

Todos sabemos que por la envergadura de las obras que deberíamos concesionar, difícilmente estas podrían hacerse recurriendo al presupuesto público. Hay compromisos sociales adquiridos por los últimos gobiernos y vendrán otros en el futuro, los cuales, incluso, van a ser financiados con la reforma tributaria que actualmente se tramita en el Congreso Nacional. Por el contrario, el sector privado tiene la experiencia, capacidad y recursos para hacerlo.

El país requiere de más y mejor infraestructura, no solo por los efectos inmediatos que la inversión provoca en el crecimiento y el empleo, sino porque una buena infraestructura expande la capacidad productiva del país, fortalece a otras disciplinas de la economía a través de las mejoras

en productividad que permite y mejora la calidad de vida de todos los chilenos.

### ***¿Por qué son importantes los TLC? La experiencia chilena***

A continuación, me voy a referir a la importancia de los tratados de libre comercio. Al respecto, lo primero que debemos decir es que los TLC forman parte de una estrategia comercial de largo plazo que busca consolidar mercados para la exportación de sus productos, buscando mayor competitividad y la generación de más y mejores empleos. Los países que se han abierto más al comercio internacional son los que han logrado mayor crecimiento en los últimos años, pues acceden a mercados mayores que los suyos.

En la práctica los TLC son un acuerdo en que se pactan una serie de preferencias arancelarias mutuas y también la reducción de barreras no arancelarias para el comercio de bienes y servicios entre dos o más países. De esta manera, se eliminan barreras para la exportación e importación de productos entre naciones.

Las ventajas son claras. Los TLC ayudan a:

- reforzar la estabilidad macroeconómica.
- incrementar las exportaciones e importaciones y diversificar mercados.
- reforzar la seguridad jurídica.
- facilitar las reglas del juego en el comercio internacional.
- mejorar la competitividad de las empresas.
- facilitar el incremento del flujo de inversión extranjera.

- y fomentar la creación de empleos derivados de una mayor actividad exportadora.

Para Chile son fundamentales porque más del 70% de nuestra economía está vinculada al comercio exterior. Somos un país chico, nuestro mercado es pequeño y los TLC nos permiten emparejar la cancha y asegurarnos que podemos competir en igualdad de condiciones.

Cuando asumí la Presidencia de la República en 1994, lo hice entendiendo que nuestro desarrollo pasaba por su integración al mundo, la búsqueda de nuevos mercados y la suscripción de tratados de Libre Comercio que permitirían a nuestros exportadores llegar en mejores condiciones a distintas regiones del mundo.

Esta estrategia, continuada por los gobiernos posteriores, por lo menos hasta el 11 de marzo de este año, ha tenido un éxito rotundo. Casi 30 años después, Chile tiene 32 acuerdos comerciales vigentes con 64 países que representan al 65% de la población mundial y el 86% del PIB mundial.

En otras palabras, los bienes y servicios chilenos tienen un mercado potencial de más de 5.000 millones de personas, contando entre ellos a las naciones más pobladas: India, China, Unión Europea, Estados Unidos, Japón, Corea del Sur y Brasil.

Según la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), Chile posee la red de Tratados de Libre Comercio más poderosa del mundo, superando a varias naciones que también han apostado fuertemente por la apertura comercial, como Corea del Sur, México y Nueva Zelanda.

Las cifras son rotundas. Digámoslo con toda claridad, la inserción de Chile en la economía mundial ha sido la piedra angular de nuestro crecimiento y estrategia de desarrollo. Los tratados han ampliado las oportunidades para las exportaciones del país, mejorando en forma considerable la posición competitiva de nuestras empresas. En las últimas tres décadas el intercambio comercial de Chile ha crecido a una tasa promedio anual del 7,3%, pasando de operaciones por US\$ 16.115 millones en el año 1990 a los US\$ 137.326 millones registrados en el periodo enero-agosto de este año. Es decir, nuestro intercambio con el mundo se ha multiplicado por ocho en los últimos 30 años y, a la vez, en estos primeros ocho meses del año 2022 aumentó un 16% respecto al mismo ejercicio del año anterior.

Si analizamos el caso del intercambio que tenemos con nuestros principales socios comerciales, veremos que hay aumentos significativos con cada uno de ellos:

- Con China tuvimos el año 2021 un intercambio de US\$ 64.039 millones, con un crecimiento promedio anual en el periodo 2016-2021 de 15%.
- Con Estados Unidos alcanzamos un intercambio comercial de US\$ 30.961 millones durante 2021, con un incremento promedio anual en los últimos seis años de 10,6%.
- Con Japón logramos un intercambio comercial de US\$ 9.379 millones el año pasado, con un alza promedio anual de 5,7% en el ejercicio 2016-2021.
- Por último, con la Unión Europea llegamos a un intercambio de US\$ 19.764 millones el año 2021, con un crecimiento promedio anual de 3,4%.



El caso de China es espectacular. Gracias al TLC que firmamos con ellos y a toda la labor de acercamiento que hemos hecho en los últimos años, somos el país latinoamericano con mayor flujo de Inversión Extranjera Directa proveniente del gigante asiático, en áreas de desarrollo de proyectos en los ámbitos energético, de infraestructura, telecomunicaciones, de alimento y también en el sector financiero.

Terminado el año 2021, China representó un 37,2 % de las exportaciones y un 27,3 % de las importaciones chilenas y se ha convertido en el principal inversor extranjero en nuestro país. El año pasado, la inversión China en nuestro país llegó a los US\$ 7.734 millones y este año, solo en el primer semestre, se alcanzó una cifra casi similar de US\$ 7.057 millones.

Pero nuestra presencia en los principales mercados del mundo no termina con la firma de los tratados. Es solo el comienzo. Esto se trata de una labor permanente de acercamiento y de búsqueda de nuevas oportunidades que trasciende los gobiernos. Por eso acepté trabajar como Embajador Especial para el Asia-Pacífico, donde mantuve una presencia constante para reforzar la relación con los gobiernos de esos países, estableciendo línea directa con los Jefes de Estado y de Gobierno, los ministros y empresarios locales.

Visité, y seguiré visitando, esos países organizando diversas actividades, como los Chile Week, llevando delegaciones integradas por ministros de Estado, parlamentarios, empresarios, académicos y científicos, que nos permitieron aumentar las cifras del comercio exterior con nuestros socios y la firma de numerosos acuerdos en los más variados ámbitos.

Así debemos trabajar siempre: con unidad, con criterio de Estado, con ambición y pensando en el bien del país. ¿Por qué digo esto? Porque cuesta entender que autoridades de gobierno, contra toda evidencia, planteen “revisar” los acuerdos comerciales suscritos por nuestro país en los últimos años o someterlos al escrutinio público. Todo ello mientras se oponen a seguir avanzando en otros de gran importancia como, por ejemplo, el TPP-11.

Pensar que hemos sido víctimas de los tratados comerciales no corresponde a la realidad y es una demostración poco rigurosa de lo que ha sucedido por años, porque estos acuerdos han dado un impulso importante a la internacionalización de nuestras empresas, a acceder a mercados de gran tamaño y a posicionar a Chile en casi todos los rincones del mundo. Si no fuera por los TLC, seguiríamos siendo una isla o una mera franja ubicada al final del mundo.

Chile es un país integrado al mundo y depende en gran medida del comercio internacional. Hemos sido pioneros en el mundo en incorporar en diversas negociaciones reglas que reflejan las nuevas dinámicas de la economía mundial, como son los estándares medioambientales, propiedad intelectual o el comercio digital.

Un ejemplo de ello fue el TLC que firmamos con Canadá en 1997, que fue considerado un acuerdo innovador en todo el mundo, porque incluyó materias jamás vistas antes en este tipo de acuerdos.

En definitiva, hemos construido una sólida imagen como país serio, estable y que honra sus compromisos internacionales. Ganar esta reputación tomó décadas y fue contraída por gobiernos de distinto signo

político. Perderla podría ser rápido si el país llega a ser percibido como impredecible en sus acuerdos internacionales. Ese es el riesgo que hoy estamos corriendo con nuestra indefinición frente al TPP-11.

Somos el único país junto a Brunei (Malasia ya se incorporó), de un total de once, que no lo han aprobado y esto tiene costos. Mientras los ocho que sí lo hicieron muestran fuertes incrementos en sus exportaciones al bloque, en Chile se ha registrado el efecto contrario. Solo en 2019, el primero año de la entrada en vigor del TPP-11, las exportaciones chilenas al bloque cayeron en US\$ 711 millones, en relación con todo lo exportado en 2018.

Se trata de la zona de libre comercio más amplio y dinámico del mundo y el más avanzado en cuanto a las normas relativas al comercio internacional que comprende. Por esto mismo, es que muchos países, que no necesariamente pertenecen a la zona del Pacífico, están pugnando por entrar al TPP-11, como Reino Unido, China, Corea del Sur, Taiwán, Ecuador, Tailandia, Uruguay y Costa Rica. Todos quieren estar ahí y nosotros, que fuimos uno de los impulsores del bloque, no nos queremos sumar. Estamos cometiendo un error de proporciones gigantescas al perdernos todo el efecto dinamizador que tiene este acuerdo para el comercio en el Asia-Pacífico.

Sin duda que valoro la valentía de los senadores que aprobaron el martes pasado el TPP-11. Ellos sí que entienden de lo que se trata esto. Pero el gobierno parece que no. Ahora la estrategia para seguir dilatando la aprobación del acuerdo consiste en enviar los famosos side letters a algunos de los otros diez países firmantes con el objetivo de renegociar

los mecanismos de resolución de controversias incluidos en el TLC ya firmados por Chile.

¿Cuánto tiempo vamos a perder en esto? ¿Meses o años? Esto es innecesario. El TPP-11 está bien negociado y los intereses de Chile, como siempre, están debidamente resguardados.

Aquí se han levantado argumentos artificiosos porque en el fondo no quieren aprobar el tratado. La supuesta duda es respecto de la solución de controversias y resulta que Chile tiene tratados firmados con estos mismos países y en todo ellos hay mecanismos de solución de controversias que han funcionado adecuadamente.

Y el segundo punto es el más ilógico de todos, pues hay quienes pretenden hacernos creer que si se firma el TPP-11 nuestro país va a ser objeto de agresiones por las multinacionales para impedir nuestro desarrollo.

Del mismo modo, resulta incomprensible la demora del gobierno chileno en ratificar la modernización del acuerdo de libre comercio suscrito con la Unión Europea el año 2002, luego de más de tres años de negociaciones para actualizar este tratado que concluyeron en noviembre del año pasado, pero el actual gobierno decidió nuevamente “revisar” el resultado de las negociaciones, sin que hasta el momento haya luces del camino a seguir.

Paradójicamente, la Presidenta de la Comisión Europea, Ursula Von der Leyen, en su reciente discurso sobre el estado de la Unión ante el pleno

del Parlamento Europeo, afirmó que va a proponer a la instancia aprobar el acuerdo negociado con nuestro país.

Dos casos que ilustran los errores que estamos cometiendo y la poca claridad de las autoridades. Estamos haciendo las cosas al revés. Mientras la mayoría de los países reconocen que el libre comercio es un elemento fundamental para la reactivación de sus economías, aquí nos entrapamos en discusiones absurdas basadas en argumentos burdos y meramente ideológicos. No vaya a ser que por darnos estos gustitos hoy, el país los pague caro mañana.

### ***Palabras finales***

Amigas y amigos: Les agradezco esta oportunidad que me han dado de poder compartir estas reflexiones con ustedes y por la acogida que me han brindado. Quiero mucho a Chile y me preocupa lo que estamos viviendo. Por eso no me voy a restar a la hora de defender todas aquellas políticas de Estado que contribuyeron al engrandecimiento de nuestro país.

Desde mi rol como ex Presidente seguiré siempre buscando aportar con ideas, con respeto y con un espíritu profundamente republicano sobre lo que estimo que es bueno para Chile.

Muchas gracias.